



(Morel y su mujer se casaron de nuevo; yo seguí como si no advirtiera su embarazo.)

RECUERDOS DE LA CHUANERIA.

Era á fines del año 1791; el enemigo amenazaba nuestras fronteras; la mayor parte de la nobleza había emigrado, y el clero se había sublevado contra la nueva constitución social: su resistencia apresuró las medidas revolucionarias que se pensaban tomar contra él. Se proclamó la supresion de los monasterios y de los antiguos obispos, la regularizacion del clero ordinario, la venta de los bienes de la Iglesia, y finalmente se fijó un tratamiento nuevo para sus miembros.

Adivínese cuánta gente llevarian estos cambios á Inglaterra, donde todavia eran tan profundos los sentimientos religiosos, y los sacerdotes tan poderosos. Se habian quebrantado muchos intereses espirituales y temporales para que no se encontrara resistencia.

No fueron solamente las aldeas las que se revolucionaron: las ciudades, que perdian su obispo, sus capítulos y sus conventos, se levantaron tambien: así en Saint-Pol la municipalidad declaró indignamente, que si se quitaba su obispo á esta ciudad, que consta de más de 3,000 almas, al menos era indispensable que la dejaran su cura en jefe, diez vicarios, un padre sacerdote, cuatro chantres, un sacrepton, tres músicos, un maestro de capilla, cuatro niños de coro, un organista; un entonador, un campanero, un relojero y un blanqueador.

Cuando se notició á los administradores de Morlaix que pusieran ojos á los archivos del obispo de Morlaix, se escusaron diciendo que sus principios religiosos no les permitian llenar una misión semejante.

En cuanto á los sacerdotes, unos se habían embarcado en Brest y en Bior, ó habian salido para España y las islas británicas; otros, olvidando sus juramentos, habían abandonado sus curatos, y casi todos, desde dentro y fuera, escitaban á los fieles á la revolución.

Los conventos, por su parte, rehusaban el dar sus bienes al estado: se negaban á abrir sus puertas y á reconocer la ley por la cual debían reunirse para formar una comunidad regular: se necesitaba por consiguiente echarlos por fuerza y sellar los monasterios.

En Morlaix se habia iniciado veintc veces á los calvarientes la

orden de obedecer la ley; pero en vano: así que, fué necesario que se presentaran los oficiales municipales seguidos de una multitud de soldados. El patio estaba lleno de mugeres y niños, á los que se acababa de repartir la limosna cotidiana; el sindic preguntó por la superiora, y al momento apareció ésta detrás de la verja rodeada de sus hermanas.

- La ley os manda que salgais al instante, le dijo,
- Mis votos me mandan quedarme, respondió la priora.
- En nombre de la naci6n abrid esa puerta.
- En nombre de Dios no puedo abrirla.
- Ent6nces pchadla abajo!

Ent6nces se adelantaron los soldados para ejecutar esta orden: mientras que las monjas arrodilladas entonaban con voz clara y tranquila el *Miserere mei*...

Bien pronto voló en pedazos la verja: los oficiales municipales entraron en la grada y digieron á las monjas que indicara cada una lo que la pertenecía en el convento.

—Todo lo que aquí hay, respondió la superiora, pertenece á Dios ó á los pobres.

- Pero ¿vuestros muebles?
- Conservamos nuestra cruz y nuestro rosario.
- Vuestras camas...
- Podemos dormir en el suelo.
- Al menos vuestros libros de rezo,
- Los sabemos de memoria.
- Pues lleváoslo todo, dijo el oficial municipal á los soldados.

Corrieron éstos á las celdas, y todo lo que en ellas se encontró fué bañado á la ventura en los carros, donde hicieron tambien subir á las calvarientes.

Ent6nces ellas, volviéndose por última vez hacia los tilos del jardín, hacia su patio lleno de yerba, y hacia sus paredes entapizadas de yedra, abrazando de una mirada el asilo en que la mayor parte habían envejecido, sin decir una palabra, sin verter una lágrima, cruzaron las manos sobre su rosario, tomaron asiento en los carros, y partieron.

Por otra parte, los sacerdotes constitucionales establecidos por los comunos eran rechazados por los pueblos: y si en algunas partes se la de SETIEMBRE DE 1831.

de consensio, la iglesia estaba desierta y el presbiterio abandonado. Hasta los niños huían al ver á los curas muertos, gritando:

—El jurador, el jurador.

Llegaba á tanto la aversión que se les tenía, que no encontraban quien quisiera hablarlos, ni venderlos, ni servirlos; se les hubiera creído unos de esos descomulgados á quienes las antiguas sociedades prohibían el agua y el fuego.

En cuanto á los no juramentados, la persecución les había dado una nueva santidad y un poder invisible: ya no eran solo sacerdotes, eran mártires. Bastaba para salvarse oír una de sus misas, confesarse con ellos, recibir el viático de sus manos.

Cada parroquia tenía por lo menos uno de estos proscritos, que desde su retiro ejercía un dominio absoluto sobre las almas: á ellos solos pertenecía el derecho de *atar á desatar sobre la tierra*. Se lestraban de muchas lenguas y á media noche niños que bautizar y moñados que bendecir; todo casamiento que no hubiera hecho ellos se tenía por impuro. Arrojadlos de sus iglesias erigían altares en medio de los mataderos, en el fondo de algun bosque á sobre el mismo mar. Entonces los niños de coro iban de cortijo en cortijo, con un bastón de acebá en la mano, y golpeando en los postigos de las puertas decían á media voz:

—Mañana á media noche... en tal encrucijada, sobre tal colina ó cerca de tal precipicio.

Al día siguiente mugeras, niños, ancianos, todos estaban en el lugar indicado, con la cabeza desnuda y el rosario en la mano.

Iritados con estas resistencias, algunas administraciones usaron de fuertes represiones, y otras hicieron la vista gorda; pero la indulgencia y la severidad fueron igualmente impotentes; así que hubo necesidad de recurrir á la violencia, y se mandó: «Que todas las iglesias y capillas que no fueran parroquiales se cerraran en el término de veintidós horas; que todos los sacerdotes no juramentados permanecieran en estado de arresto; que todo ciudadano que en vez de hacer bautizar á sus hijos por el cura constitucional, recurriese á un injuramentado, sería denunciado al acusado público.»

En este estado de cosas me ocurrió una aventura singular que me hizo encontrar con un hombre que no había visto desde mi infancia.

Había yo llegado á ser el apoyo del poder de un tal Keroeau, de París, que había adquirido á vuelta de algunos años considerables propiedades en nuestro departamento.

Entre estas se encontraba Locurora, antigua casa que había venido á convertirse en cortijo, y estaba situada en Pleneuf, y á la cual tuve necesidad de ir para hacer un nuevo arrendamiento. Tomé un pasaporte para Miguel, mi mozo de alforjas, porque habiéndose hecho tan grande el número de los sospechosos, la policía de los caminos se había vuelto muy severa; dejé á Miguel en Saint-Brieux, y continué solo hacia Pleneuf.

El mes de diciembre estaba concluyendo; el viento era muy frío; el cielo estaba encapotado, y los caminos llenos de lodo á causa de las recientes lluvias; así que me costaba bastante trabajo el hacer salir mi charabán de los barrancos; para colmo de tantas desgracias mi caballo perdió una herradura, y me fué necesario buscar un herrador en el primer pueblo que encontré.

Mientras que le estaba herrando pregunté si faltaba mucho para Locurora.

—¿Va V. á Locurora? me preguntó levantando la cabeza.

Yo le respondí afirmativamente, y él, volviendo hacia otro lado la cabeza, me dijo:

—No encontrará V. posada.

—Lo sé; pero tengo necesidad de ir.

—Puede ser que Morel no quiera recibiros.

—Estoy cierto de que sí.

El herrador me miró por cima del hombro y me dijo:

—¿Acaso es V. su amo?

—Crisi, crisi: soy su recaudador.

—¿Entonces vendrá V. de Saint-Brieux?

—Sí; pero concluya V. pronto, porque tengo prisá.

El herrador no participaba ciertamente de mi impaciencia, y parecía que se empeñaba en prolongar mi detención: examinó una tras de otra las cuatro herraduras de mi caballo, y en todas encontró alguna cosa que hacer; tanto, que me hizo perder la paciencia hasta el punto de que rogando la brida de mano de su mozo le declaré que quería partir.

—Mejor haría V., me dijo, en pasar aquí la noche, porque á estas horas no están seguros los caminos; yo sin escucharle subí en mi charabán y le pregunté:

—¿El camino mas corto es por medio de los matorrales?

—Sí, me respondió; pero si V. no le conoce, seguro que se extravía en él.

—Entonces tomaré el camino de abajo que conduce directamente á la posada.

—Directamente, repitió él con entusiasmo.

Y partí sin escuchar más.

Las observaciones de este hombre me habían hecho sin embargo alguna impresión. La noche se ponía sumamente oscura, y los asfaltos no eran raros en este país; por lo que resolví hacer apretar el paso á mi caballo.

Habría algún tiempo que iba caminando, cuando de repente descubrí en la sombra un grupo de hombres que iba delante de mí. Al ruido que hacía mi carruaje se volvieron apartándose á un lado con cierto temor; pasé corriendo por encima de ellos; pero apenas había andado unos doscientos pasos, cuando me encontré otro segundo grupo y poco mas allá un tercero.

Al atravesar la encrucijada distinguí muchos otros que llegaban de distintos lados; parecía que todos seguían el mismo camino que yo y se inclinaban al mismo punto.

La sorpresa que había recibido no tardó en cambiarse en inquietud: ¿quándo iban estos hombres y por qué se reunían? El camino que llevaban parecía conducirlos á Locurora. Entonces me acordé de que mi arrendatario me había sido señalado en los informes que había tomado respecto al pago de su arriendo, como un paisano rico, influente y enemigo de la revolución; así que empecé á comprender la instancias del mariscal para que me vengiera en su pueblo, y hasta me arrepentí de no haberlo hecho. Vacilé por un instante entre la idea de seguir ó volverme; pero los terribles puntagudos de la casa se veían ya destajar en la sombra, me dió además vergüenza de retroceder, y me decidí á llamar á la puerta, donde vino á abrirme el mismo Morel, quien retrocedió de sorpresa al verme.

—¿Señor! ¿V. aquí, tan tarde! me dijo:

—Los caminos están tan malos que no he podido llegar antes: vengo á hacer el arrendamiento.

El murruró una frase de reconocimiento.

—Mi caballo viene herido, y en cuanto á mí, estoy muerto de frío: con que busco donde colocarnos á entrambos.

—Toda la casa está á vuestra disposición, respondió con embarazo el arrendatario.

Conoció que mi llegada le embarazaba; pero al decidirme á entrar había resuelto que lo que se necesitaba sobre todo era no mostrar miedo alguno: así que seguí á Morel despues de haber confiado á un mozo mi charabán.

La arrendataria que había sido informada de mi llegada, vino á cumplimentarme y me dijo con palabras entrecortadas:

—Es una desgracia que no nos haya V. informado de su venida para tenerlo todo preparado para recibirle.

—No quiero mas, le dije, que una luz, una ensalada y una rama.

—Es que se duerme mal en esta pieza, porque se oye mucha gente y mucho ruido.

—Pues llevadme á otra, dije yo con indiferencia.

El arrendatario y su mujer se miraron.

—Podéis pasar á la sala artesonada, dijo este non un tono de voz poco firme.

Hice pues que me condujeran á ella: era esta una sala que no tenía salida mas que hacia el piso bajo, ocupada por la mujer del arrendatario; así que no pasó ninguna dificultad.

—Vaya por la sala artesonada, repliqué, con tal que no haya en ella ni uno de frutas, porque no puedo sufrir su olor.

La arrendataria quedó como desconcertada.

—Señor, á V. le gustaría ir á acostarse en la panera de la avena.

—Con tal que se pueda encender lumbre...

—No hay chimenea.

—Entonces llevadme á otra parte, porque el frío es lo que me teme.

Morel y su mujer se miraron de nuevo: yo seguí como si no advertiera su embarazo.

—Es que no hay otra habitación, murmuró la arrendataria.

—¡Bah! dije yo levantándome y como volviendo en mí de repente.

—Ahora que me acuerdo: ¿y el almacén del piñón?

Entrámbos se estremecieron.

—Allí debe haber una cama, porque mi predecesor dormía allí muchas veces.

—Es cierto, respondieron.

—Pues eso es lo que necesito: con que llevadme allá.

—Escuchad, señor, me dijo la arrendataria.

—¿Qué! ¿no está desocupada aquella habitación? pregunté yomurrándolos.

—Pardona! pero todo está revuelto... esperad aquí un instante; voy á prepararla.

—Id, pues, dije yo, volviendo á sentarme; pero sobre todo acabad pronto porque me estoy cayendo de sueño.

La arrendataria salió y Morel no tardó mucho en seguirla. Experimenté grandes inquietudes porque no me quedaba duda de

que en la quinta pasaba alguna cosa de extraordinario, y no sabía hasta qué punto podía contar con la fidelidad de mi arrendatario de Lencurra. Por otra parte, su voluntad podía ser inútil si se trataba según yo comenzaba á temer de una reunión de insurgentes. Coppein había qué punto llegaba la aversión de los paisanos á los patriotas, y sabía que mi opinión era conocida; y finalmente, contra mi costumbre me encorabraba sin armas, en un país cuyas revueltas me eran desconocidas: he aquí la razón por qué no había querido pasar la noche ni en la sala arresonada, ni en el almacén de la avena desde donde la huida era imposible. La sala del pión que fué la primera que me debieran ofrecer, puesto que es la más á propósito para recibir un huésped, tenía por el contrario una entrada separada que yo conocía, lo cual era una doble puerta de salvación si mis temores eran fundados.

Sin embargo, la arrendataria no volvía: Morel había entrado muchas veces y vuelto á salir otras tantas; le había visto hablar misteriosamente con los mozos de la quinta, desaparecer, volver á entrar para salir de nuevo. Reñaba en toda la casa un gran movimiento é inquietud; los criados hablaban por lo bajo, se dirigían miradas de inteligencia, y andaban sin zuecos para hacer menos ruido.

Vino por fin á buscarme la arrendataria, y aunque con un poco de recelo, me condujo á la habitación que me habían dispuesto, tan preguntó si necesitaba alguna cosa, y habiéndola dicho que nada me hacía falta, desapareció.

Al instante eché el cerrojo á la puerta y tendí en mí rededor una mirada de ansiedad. La sala estaba débilmente alumbrada por una sola luz; di una vuelta á toda ella registrado los rincones y levantando las cortinas. Me aseguré por fin de que una de las ventanas daba al jardín, y ya más tranquilo me aproximé al lugar donde ardía un tronco de árbol que despedía luz y calor á gran distancia. En cualquier otra ocasión no hubiera reparado; pero la inquietud tenía mi atención en guardia, y conocí que aquel fuego no se había dispuesto para mí, sino que estaba encendido antes de que yo llegara. Buscaba medio de explicarme esta circunstancia, cuando paseando mis ojos al rededor reparé en un libro que estaba sobre la chimenea, y asomaba á medias en una bolsa de paño de esas en que los notarios llevaban entonces un libro de *Costumbres* que llevaban siempre consigo. Noté al tomarle que no tenía polvo, como sucede con los objetos que han permanecido olvidados por algun tiempo. Le abrí para mirar el título, y me encontré con una *Semana Santa*, que á juzgar por lo sucio de sus hojas, debía servir hacia mucho tiempo.

Hojéandola sin objeto cayó al suelo un papel que recogí y decía lo que sigue:

ACTOS DE FE.

Creo con fe sincera que la iglesia, aunque esta la nación quiera negar, ha de estar siempre subyugada al Papa su cabeza primera y principal. Creo que son apóstatas é intrusos los obispos que araban de nombrar, pues que su bendición no les ha dado la mitra al recibir su santidad.

ACTOS DE ESPERANZA.

Espero que he de ver dentro de poco un cambio que en la Francia se ha de obrar, por el cual nuestros curas y vicarios otra vez á sus sillas volverán. Espero que el Dios justo á quien adoro tratará á los intrusos sin piedad, y á esta pobre nación tan abastida su santa religión devolverá.

ACTOS DE CARIDAD.

Amo al rey de Inglaterra y al de España que con sus fuerzas deben apoyar la causa de los pobres emigrados que han de traer á mi país la paz. Amo á los jueces rectos justicieros que á los patriotas deben condenar y al hierro ardiente que marcarlos debe, y hasta el verdugo que les ha de ahorcar.

Los por dos veces estos versos tan chavacanos y feoeros, esforzándose por conocer la letra que me parecía haber visto antes, y todavía los tenía en la mano cuando creía haber oído ruido en la escalera: presté atención, y observé que subían con mucho cuidado, y apurando al instante la luz me aparté del fuego para que no me pudiesen ver.

Dos personas se detuvieron delante de la puerta, hablaron por lo bajo algunos instantes, se introdujeron una llave en una cerradura, darle dos vueltas, y gente que bajaba por una escalera y me aproximé

al instante á la puerta, descorrí el cerrojo y quise abrir, pero la puerta resistió: estaba pisiocorjo.

Desde entonces cesó mi incertidumbre, y conocí que el peligro era cierto; no pudiendo abrir, claro estaba que mis huéspedes me habían cerrado á fin de que no pudiera escaparlos; sin duda estaban pensando que harían conmigo.

Después de probar todos los medios de salvación, corrí hácia la ventana que daba al jardín, y llegó á mi oído un murmullo sordo. Sorprendido de esto, me incliné para mirar á través de los cristales y en toda la distancia á que la noche me permitía distinguir: no vi otra cosa que una multitud de cabezas movibles y distintas: se hablaba dicho que esta multitud tan apurada y silenciosa esperaba en tan respetuosa actitud alguna visita soberana.

La curiosidad había suspendido por un momento mi inquietud; pero habiendo hecho aquel penoso un movimiento en que se abrieron las fijas, distinguí á Morel que accionado hablaba por lo bajo con algunos. De repente señaló hácia mi ventana, y todas las cabezas se levantaron, lo que me hizo retroceder.

Precisamente se ocupaban de mí; entonces me acordé de que había otra ventana al lado opuesto de la sala; me apresuré á abrirla, y vi que daba á un patio oscuro y retrado: asomé la cabeza y nada vi. Este patio podía tener alguna salida; por otra parte era la única vía de salvación que me quedaba: así que me decidí á bajar.

El techo de mi establo colocado precisamente debajo de la ventana, hacía la bajada tan fácil como segura; y no tuve que hacer mas que deslizarme hasta el suelo: una vez en este patio, era necesario salir; me puse á buscar en medio de la oscuridad; encontré por fin una puerta entrecabiada que conducía á un corredor y desde allí á un jardín. Habiendo llegado allí, oí un murmullo de voces que salía de una granja arruinada en la que había luz; me aproximé con precaución á sus paredes agujereadas, y sosteniendo el aliento probé á examinar el interior: el extraño espectáculo que se presentó á mis ojos me obligó á permanecer inmóvil.

De pie delante de unas tablas colocadas en forma de altar y cubiertas con una tela ordinaria, un sacerdote estaba celebrando el santo sacrificio de la misa, mientras que una muchedumbre inmensa le escuchaba arrodillada. Estaban los hombres separados de las mujeres como en los lugares santos, y los niños ocupaban el centro.

En las primeras filas distinguí al mariscal que había hecho tantos esfuerzos para que no viniese á Louvrosa. A pesar del gran número de oyentes el silencio era profundo. Este gentío que llenaba la granja, se estruía además bien lejos de ella, y era sin duda el que yo había visto en el jardín. De repente el sacerdote, cuyas acciones no había podido distinguir, se volvió para decir el *te misa est* y por poco no doy un grito; había reconocido á Bernardo.

(Continuará.)

El ojo del amo.

¿Conocen ustedes al marqués de... viejo verde, peluca rubia, corbata blanca y nariz roja; Pilades de todos los actores, Rodomón de muchas actrices, y Júpiter de todas las bailarinas?

¿Le conocen ustedes?...?

Pues oigan ahora lo que nos contaba hace pocas noches una de las ex-heroínas del teatro del Circo.

Todo el mundo sabe que ese noble en conserva es un manálico del género insulso. Entre las muchas escentricidades que le distinguen, tiene la de levantarse con la aurora y recorrer plazuelas y mercados en busca... ¡quién lo dijera! de su ordinario y escaso alimento.

Una de las mañanitas del presente otoño se dirigió, como de costumbre, á la plazuela de... Acompañábalo su perpétuo adúltero, un misero habitante de Sigüero algo parecido al hombre y mucho á su amo en lo de llevar el cuello inflexiblemente estirado. Este pobre mozo que contará ahora diez y ocho años, si los cuenta, sirve á su señor para todos los usos.

Conviene que lo sepan ustedes para que, si lo encuentran por ahí vestido de jockey, puedan reconocerlo.

Pues bien, (como decía la bailarina) esta mañana de que hablamos, tuvo el marqués una ocurrencia extraordinaria.

¡Compró un gallo!... ¡un gallo estremadamente flaco!

—Yo lo engordaré, dijo para sus adentros, yo lo engordaré y tendré el maligno placer de comérmelo solo. ¡Magnífico!

Y volviéndose al natural de Sigüero, á quien había despertado esta inopinada ocurrencia (tan metódica y leve era su ordinaria tarea), le dijo lleno de un gozo que no podía disimular:

—Mira, Toribio, es necesario que te des algun pan... algun grano... en fin, de lo que te sobre en la cocina: estas? No tienes mas que arrojárselo á ese bico que ves allí...

—¿Si señor!

Y con esto, habiendo llegado á su casa, pesó el marqués su gallo y le colocó en un nicho contiguo á la cocina, —donde su destino debía cumplirse, —y donde estaba, entre otras cosas, el exiguo lecho del espiritual sirviente.

Pasáronse dos días: el impaciente marqués de... corre á pesar de nuevo á su gallo: ni un quilate más.

—¿Es demasiado pronto! dijo para sí.

Corrieron tres, cuatro días. El marqués ni una preguntó por su bipedo, á pesar de que la impaciencia lo atoraba. Llegó por fin el quinto, y no pudiendo ya contenerse, va á la cocina y vuelve á pesar el gallo. Ninguna mejora.

—¿Espera dos días más y ya son siete... y... nada!

Llega al octavo día... y el gallo había estropeado!

Entonces reflexionó el marqués.

—Este animal se fastidia, no hay duda. ¡Toribio es un imbécil, sin conversación y sin... Mira, muchacho, añadió dirigiéndose al de Sigüero, es necesario que distraigas á este pobre bicho: deja ese aire taciturno y canta de vez en cuando; por aquí... las aves son enemigas del silencio.

—¿Si señor!

El marqués se acostó aquella noche mas tranquilo, saboreando su magnífica idea.

El muchacho, conformándose con ella ó mas bien con el mandado, estuvo cantando hasta que lo rindió el sueño.

Todo el día siguiente lo estuvo oyendo el marqués cantar de media ó media hora la mañana, y bailar al compás, en los momentos de mas entusiasmo.

—No es mala idea la del balle, exclamó el marqués; no sin un sentimiento de calor: no habia yo caído en tal cosa!. Si no acordas en medio de tanta alegría...

Y volvía á verlo, y el gallo... flaco, muy flaco... cada día más flaco!

—¿Pero qué diablos tiene? se preguntaba el marqués desesperado. ¿No canta?... ¿no le cantan?... ¿no le bailan?... ¡A no ser que llevándole al teatro del *Insólito*!... ¡Pero esto no es posible!... ¡Dios mío!... ¡Después de tantos sacrificios!...

Mientras que el marqués trataba de profundizar esta grave cuestión que le distraía de todas sus atenciones, el gallo que para nada las tenía en cuenta... seguía enflaqueciendo, se consumía!... ¡se descababa!... El marqués no daba crédito á lo que veía (esto nos recuerda á cierto diputado, hombre inteligente, que no pudiendo concebir la estramada flaqueza de pantorrillas del *procurador* del Duero que se ejecuta en *Variadades*, se lo espichó diciendo: que eran *patatas*!)

Y lo que habla en esto de mas extraño, era que al mismo tiempo que este animal, —no hablamos ya del diputado sino del gallo, —que este animal enflaquecía, se le iban cayendo de tal modo las plumas, que se iba quedando ridículo.

El marqués se perdía en reflexiones, inducciones y deducciones.

—En esta casa sucede algo muy extraordinario, pensó al fin; mi situación ha llegado á ser intolerable, y es preciso que yo salga de ella á toda costa. No me queda otro remedio que no apartar la vista de ese fenómeno. La *vista del amo* esgranda al gallo.

Y dicho y hecho. Con una travesura de ingenio que él mismo no se suponía, calculó abrir un agujero que diese vista al objeto de sus miradas. Coló una barrena y abrió á media noche el apetecido conducto, y rió...

¡Abomnación! vió al de Sigüero aplicar á otro conde del infelicitado gallo el dedo índice, á la manera de quien busca y espera encontrar una cosa muchas veces buscada. Inicial es decir que esta operación tenía lugar entre dos coplas de la *muñeira*.

El marqués salió furioso de su escondrijo.

—¡Sublime!... ya te oí, gritó con voz estentórea, plantándose delante del muchacho, ¿qué haces á ese animal?...

—¿Señor!... yo... ¡Hi!... ¡bi!... ¡hi!...

—No se trata de *biar*, sino de *esplicarse*... ¿Qué le haces?...

—Mira, señor, como no quiero poner... te ando buscando el huevo.

C.

EL PICO DE MEDIODÍA.

Fragmento de un viaje inédito.

Después de haberme calzado las espadillas, especie de sandalias romanas hechas á propósito para trepar; después de haberme arropado una cinta del país y abrigado mis piernas con grandes polainas; vestido el cuerpo con una faja larga con que se da vueltas en la cintura, equipado el alto cayado de los montañeses teniendo un garfio en un extremo y ferrada contera en el otro, con cuyo equipo me dirigí á

la cumbre conocida por Pico de Mediodía, con el objeto de llegar antes de la aurora. Me acompañaba Simon Charlet, uno de los mejores guías del país y que lo había sido del entendido geólogo Ramon. Llevaba mi guía en un zorro la frugal comida para cuando estuviésemos en la cóspeide.

La noche era deliciosa, los arbustos serátiles que crecen en abundancia en aquellos países como el thym, dejaban escapar sus perfumes, merced á los calores del día y al fresco rocío de la noche. El viento que acostumbra azotar aquellos montes con sus ráfagas, estaba tranquilo y parecia dormir. Solo de vez en cuando la brisa templada de los montes españoles besando aquellas neveras, llevaba á nuestros oídos el murmullo de las cascadas y mil otros ruidos confusos al par que diversos de Castilla y Aragón. La luna empinándose lentamente en el espacio en medio de un fluido de oro producía tambien un efecto mágico; se podía decir que un globo de fuego se paseaba por las cimas. Yo experimentaba muchas sensaciones agradables. Escuchaba con alegría en medio del profundo silencio que reinaba los agudos y alternados alaridos de las aves de rapina á las que nuestros pasos despertaban. Lo que sobre todo admiraba era el raro efecto de óptica que sobre los montes producía el astro nocturno. En efecto la luz de la luna en estos climas favoritos, en vez de disminuir los objetos y de suavizar los contornos, idealiza mas que lo da costumbre todos los cuerpos que baña, les presta formas grandiosas, y perfilando con limpieza hasta los ángulos mas imperceptibles de sus contornos, agranda á la vez sus detalles y su conjunto.

Pasada una hora de marcha habíamos llegado casi al pie de Tourmalet. Los picos de la *Campana de Vaaca* y de *Espada* se elevaban en la sombra delante de nosotros. Tomamos un pequeño sendero y comenzamos á trepar la falda del Pico de Mediodía.

Figuras una montaña elevada de 1600 toesas, esto es de mas de 8000 pies sobre el nivel del Océano, que se levanta delante de nosotros como una muralla que pudiese en contacto el cielo y la tierra. Diriais al verla que son los límites del mundo. —Tal fué el camino algo escarpado al cual debíamos aventurarnos y que una infinidad de curiosos habian antes que nosotros recorrido.

Después de una marcha de dos horas llegamos á la altura de la *Tau*, desde donde no tardamos en ganar el lago de *Honchet*, cuya altura es de 900 toesas. La noche perdía su lobreguez; nosotros dominábamos millares de montes sobre cuyas espaldas gigantescas divisábamos en medio de las sombras los grandes flancos de yelo; pateras coronas que recuerdan los mezquinos y pálidos florones con que clíen sus frentes los reyes del mundo!

Pisamos en fin la maceta del monte y nos detuvimos un instante en el sitio en que el naturalista Plantade, sintiéndose desfallecer, pronunció paseando una mirada á su alrededor las siguientes palabras, que fueron las últimas que salieron de sus labios. — ¡Gran Dios! ¡Qué hermoso es esto!

Aquí es donde á veces en el corazón del invierno los aludes que se desprenden desde la altura del pico saltando una ininidad de miles de pies caen en el lago desbordándose de repente, y casi por entero. Estas caídas de nieves causan algun día la ruina inevitable de Berrogos, cuya salvacion hasta el día solo se explica con la palabra *mita-grosa*, como lo atestigua la carta siguiente escrita de Luz, despues de una inundacion igual en 1788.

«... Apenas habiais marchado, cuando nos vimos amenazados por un acontecimiento siniestro, presagiado por los truenos y por el vendabal que rugian tres dias hecla. Sin embargo nos acostamos casi confiados ¿quién no se hace ilusion en casos semejantes?—Entré doce y una de la noche en campanadas de alarma. Abra la ventana. El torrente crecia por minutos de una manera asombrosa. Nuestra poblacion estaba próxima á ser arrastrada por su violencia... ¿Comprendeis lo que es á media noche el alarido de una poblacion que se pierde?... Ah se me eriza el pelo.

Quiero saber donde nos encontramos; ¿pero qué va á ser de mi mujer y mis hijos?... Despréndome de sus brazos, y cogiendo una larga percha corro hácia el torrente nuestro enemigo comun... La pradera que nos dominaba habia desaparecido... cuatro toesas mas, y la villa hubiera sido arrasada.

Mis compatriotas y yo combatimos durante la noche esta especie de diluvio, y obligamos por fin al torrente desbordado que volviera á su cauce desembarazándolo de las rocas que le obstruian. Al rayar el alba el peligro habia pasado, pero la luz nos enseñó las aguas á treinta pies sobre el nivel de la inundacion de 24 de setiembre de 1787, cuyos tristes resultados estremecieron á la Europa entera... Esta es la vez primera que he visto llorar nuestros montañeses.

«La mañana siguiente se vió á Mme. Rousseau, mujer de corazón y apasionada por estas montañas, se le vió sola subir por el torrente á través de los escombros. Encontró dos familias errantes á la ventura. —¿Adónde vais?—Dios lo sabe; andamos adelante, andamos siempre. —Jamás pudo detenerlas... etc.»

Entre tanto subíamos sin parar, y Simon marchando delante me indicaba los mejores pasos y apartaba los obstáculos. Por fin llegamos á lo alto del pico después de una marcha de cuatro horas. Encima de él los ingenieros geógrafos á quienes el gobierno había encargado que midiesen la longitud de la cordillera pirinética, se divertieron en construir con pizarras de la cumbre misma un pequeño torreón muy sólido cuya elevación es de doce pies. Sentéme tranquilamente, envuelto en la capa de Simon porque hacia frío en aquella altura, y me puse á contemplar debajo de nosotros. Mas en vano; nada distinguíamos; las densas y vastas neblinas elevándose desde el fondo de los valles subían como un mar de vapores, y serpenteando alrededor de los montes nos impedían distinguir la tierra. En cambio ningún obstáculo velaba la tersa bóveda celeste; y en torno nuestro veíamos, aunque un poco más bajas, millares de montañas que apiladas unas sobre otras disparaban sus cumbres lo más cerca posible de Dios, y hacían brillar á la luz de los crepúsculos sus diademas de nieves virgenes casi todas, no profanadas aun por el pié del hombre.

Al cabo de media hora apareció un punto luminoso en el horizonte. No tardó este brillante lunar en agrandarse, y de su centro se lanzaron en rayos impetuosos haces inmensos de luz que pintaron el cielo con los colores más vivos y que se reflejaron en los picachos las luces más diversas y las tintas más variadas. En cortos momentos, el sol que parecía vacilar cual si viese con sentimiento, se transformó en un disco enrojecido que vino á ser el foco de un gran incendio. A medida que el astro se encumbraba á lo alto de los cielos, sus rayos bajando al fondo de los valles batían las nieblas que se habían amontonado durante la noche y las disipaban. Entonces abandonaban las faldas de los montes y trepaban con rapidez hasta llegar á la cúspide, robándonos la vista del cielo y de la tierra. Por último, los rayos del sol las disolvieron completamente y vimos rasgarse su velo para dejarnos ver uno de esos espectáculos mágicos cuyo secreto se ha reservado Dios.

Ved ahí el panorama que hería nuestra vista, que conmovía nuestro corazón y elevaba nuestra inteligencia.

A nuestros piés á una profundidad inmensa parecía la tierra cargada de habitaciones como hormigueros. De oriente á ocaso nuestra vista se pierda en esta série no interrumpida de eslabones del Pirineo. En la parte de España veíamos Maladeta, la brecha de Rokado y la gran cascada que se precipita á la profundidad de 1260 pies. En el fondo una multitud de poblaciones perdidas en el espacio reflejaban con sus tejados llenos de gotas de rocío los primeros albores de la mañana. Jamás olvidará tan hermosa perspectiva.

Permanecimos cerca de dos horas en el alto pico. El sol suspendido sobre una cordillera de ochenta leguas despedía torrentes de luz sobre las cascadas y las caprichosas neveras. Entonces se formaban, no ya nieblas como al amanecer, sino verdaderas nubes. Las veíamos subir mesuradamente hacia nosotros; luego, merced á una brisa que se levantó, empezaron á dividirse y aunarse alternativamente y correr por las carenas de los montes cual grandes y fantásticas aves de rapina. Algunas veces nos hallábamos á la sombra de alguna de estas nubes vagarosas, y á pesar de estar en la sombra no por eso dejábamos de ver al sol. El efecto de este cuadro era maravilloso.

Erá ya preciso abandonar estos encantos y dirigirse á Bagneres de Bigorre por el valle de Campan. No me admira, decía á mi guía mientras bajamos, que los 10,000 extranjeros que vienen cada año á Luz, San Salvador y Bareges, anhelen ver todos la salida del sol desde el Pico de Mediodía, porque es digna de ser admirada; pero lo que sí me asombra es que el espíritu mercantil que tanto ha progresado en nuestros días, no haya hecho establecer aun, en la cima, una habitación como en Suiza en las alturas de Righi y de Faulhorn á través de cuyas ventanas los ingleses pueden sin dejar la cama contemplar al rey de los cielos salir de su lecho.—C.



(Aar mayor de la capilla del Condestable don Alvaro de Luna.—Toledo)

—Una figurada del Ciroto.
 —Es verdad. Yo pensaba que me lo había dicho una primera bailarina; y has hecho muy bien en desvanecer este error, porque ya no me hace tanto daño.
 —¿Y después que tome los billetes?
 —Los trae y arreglas mi equipage.
 —¿Y después?
 —Lo llevas á la diligencia.
 —¿Y después?
 —Vienes á buscarme para ayudarme á vestir y acompañarme á la diligencia.
 —¿Y cuándo almuerzo yo, señor?
 —Esa es cuenta tuya, Francisco. Almuerza cuando te dé la gana, con tal que no me falte nada.
 —V. tendrá que despedirse.
 —¿Despedirme? No. ¿Qué importa á mis amigos si voy ó no al Escorial?
 —Pero....
 —¿Pero qué?
 —¿Ha olvidado V. á doña Luisa?
 —Es verdad. No me acordaba de ella.
 —¿Irá V. á verla?
 —Tendría que vestirme, y desnudarme, y volverme á vestir.... Francisco, cuando vayamos hacia la diligencia te despedirás tú por mí.
 —Pues quedará contenta!
 —No importa.
 —Ma voy á evacuar los encargos.
 —Anda con Dios y vuelve pronto.

Francisco no salió de casa sin haberse comido antes un par de chuletas, que estaban dispuestas para su uso, y bebió un vaso de rancio cáñova, porque era aficionado al vino dulce; pero desempeñó condescendientemente todos los encargos de Nonnes. Luis almorzó también, hojeó un libro, recorrió con la vista un periódico, firmó un recibo de cuatro mil reales, y se dejó vestir como un emperador celestial.

A las cuatro en punto de la tarde estaba Luis instalado en un asiento de berlina, y Francisco ocupaba el mismo que la tarde antes.

—¡Maldita impostura! murmuraba el criado, cómo se sienten los valones! y si vuelva la diligencia, ¡qué gran costalado hará!
 —¿Qué cómodo irá, pensaba el amo, si hubiera tenido Francisco la feliz ocurrencia de tomar toda la berlina! pero ese bribón no piensa en nada.

CAPITULO II.

El Monasterio.

Todo el mundo sabe, ó á lo menos una gran parte de todo el mundo, que el monasterio de San Lorenzo del Escorial es uno de los monumentos mas notables que ha legado la arquitectura á las generaciones pasadas, presentes y futuras; y tan grandioso, que disputa á otros célebres edificios el pomposo título de *octava maravilla*, no adjudicado todavía, y que posiblemente no se adjudicará en mucho tiempo, aunque brotan las maravillas como la grama de los prados. Como los témulos al pié de las corpulentas cocinas, se agrupan al pié del real templo algunas casas que componen un pueblecillo miserable, pero que en los meses de este recue una gran parte de la mas brillante sociedad que guarda para sí en el invierno la coronada villa y corte. En este humilde pueblecillo se hallaban á la sazón varias notabilidades familiares, aristocráticas y literarias; varias jóvenes conatadoras, varios jóvenes calaveras; y el número correspondiente de tíos, mamás, viejos y viejas que á cada familia pertenecio. Magdalena, sus padres y criados se alojaron como mejor pudieron en la mejor fonda del pueblo; y en tanto que Francisco cenaba, bebía y ronchaba á pierna suelta, se hallaban reunidos en concejo íntimo de familia la jóven y sus dos papás.

—Ya estamos en el Escorial, hija mia, decía el padre bondadosamente á la enrantadora Magdalena; pero ahora que no puedes dudar de mi condescendencia, quisiera saber qué motivo has tenido para emprender este inesperado viage.

—Un capricho, querido papá, que V. subió disuadarme. Quiero visitar el monasterio, dijo Magdalena, besando la mejilla de su buen padre.

—Como tú quieras, hija mia.
 —¿Pero no recuerdas, Magdalena, observó la madre, que lo viviste el año pasado?

—Por eso, madre mia, por eso. El año pasado hice amistad con ese magnífico templo, y quise despedirme de él como de un amigo adorado.

—Estruño carido, dijo el padre, sonriendo bondadosamente.
 —Quién sabe si lo volveré á ver! murmuró Magdalena de un modo que sus palabras no parecian dirigidas al gran trofeo de la butella de

San Quintín; y los viajeros despues de una comida-cena se retiraron á descansar.

Al día siguiente, y mucho antes que pensaran dejar sus lechos las personas que habian sentido sus reales de verano en el Escorial, Magdalena, sus padres y doncellas se dirigieron al monasterio; eligiendo esta hora, porque la jóven no queria encontrarse con familias conocidas, ni perder su tiempo en recibir visitas que ya juzgaba impertinentes. Magdalena no se detuvo ante el edificio, y, con el afán de un sediento que espera encontrar una fuente bajo silvestres emparrados, penetró en la iglesia; corrió hasta el presbiterio; midió doce pazos, retrocediendo; giró sobre sus talones como un recluta; dió su costado derecho al altar, alzó la cabeza que habia tenido inclinada, y fijó sus rasgados ojos en un punto de la cornisa, que ella adivinaba sin duda, pues en nada se diferenciaba de toda la restante. Los padres y criados de la jóven viajera la miraban con mucho asombro; pero no se atrevian á turbar aquella especie de arrobamiento, aunque mucho deseaban saber la causa que lo originaba.

Trascurrió una hora; Magdalena permaneció inmóvil en su puesto, como un centinela en el suyo; y el gran reloj del monasterio empezó á resonar imponente bajo la bóveda sagrada. A la primera campanada se estremeció la jóven, frunció ligeramente el ceño y escuchó con suma atencion. A la novena campanada cesó el reloj, Magdalena lanzó un suspiro, y, dirigiéndose á sus padres, dijo:

—Ya nos podemos retirar.
 —¿Tanto afán por venir aquí para retirarte tan pronto? repuso su padre.

—Padre mio, no quiero que nos vean las personas conocidas, y han dado las nueve; sin embargo, si V. quiere que recorramos el monasterio, estoy dispuesta.

—Para qué, hija mia? yo lo he visto mas de veinte veces, y tu madre se halla en el mismo caso.

—Es verdad, repuso la buena señora; y se dirigió la primera hacia la puerta del convento. Al pisar su dintel, Magdalena se detuvo un instante; miró hacia atrás, como si estuviera segura de descubrir un objeto que habia perdido; mecío la cabeza lentamente, y murmuró:

—¿Ya no le veré mas!
 Este ojo no le veré mas! tampoco parecia dirigido al monasterio, y sin embargo todo el afán de Magdalena se habia cifrado en pasar una hora de pié bajo la bóveda del templo. ¡Pobre Magdalena! quizá poseía un alma romanesca, una de esas almas que sueñan, estando los ojos abiertos, y se enamoran de sus sueños. Quizás, como yo vi una vez en hoceto de Villavieja, que representa la espilla mayor de la catedral de Toledo, una bruja, aplastada como una lechuga en el ángulo superior de una ojiva, con un candil lleno de aceite verde en la boca, alumbrando la santa espilla; quizás, repito, vió Magdalena en San Lorenzo del Escorial la sombra del ténico Felipe II, y quiso despedirse de ella por un capricho inexplicable. Nada sé: sigamos la historia.

(Continuará.)

JUAN DE ARIZA.

A UN RIZO DE SUS CABELLOS.

Quecidas prendas de mi dueño amado,
 Prends de la muger por quien deliro,
 Recíbid como adios enamorado
 Este que al veros doy, flébil suspiro.

Y no por leves desdencas sus donas,
 Que velados en el jay! os envío
 Todas mis más queridas ilusiones,
 Todo el amor del pensamiento mio.

¡Ah! ¡cuántas veces con mortal angustia
 Y en abrazadas lágrimas deshecho,
 En vosotras posé mi frente austia,
 Y aurá de gozo dilató mi pecho.

¡Cuántas huyendo del rumor causado,
 Grite en que el mundo su afliccion devora,
 Embebecido en tí, rizo atorado,
 Me vió la tarde y me encastro la aurora!

Que el dulce encanto que mi mente aspira
 Solo mi ardiente corazón percibe,
 Vago placer de un alma que delira,
 Y ávida de ilusion, de ilusion vive.

Tú, mas hermosa que en abril el prado
 De frescas flores purpúreas lleno,
 Tú is de amable risa y perfumado
 Aliento celestial y blando seno;

Y... (1) de mi amor, mágico hechizo
Del alma que adormida en tus favores,
Entre sueños oyó, «guarda este rizo,
Que enredados en él van mis amores.»
¡Oh! prenda de mi amor, cabello hermoso
Que ceñiste su sien... ¡Cuántas memorias
Entrelazadas en tu seno uadado,
Cuántos misterios de pasadas glorias!

Tal vez en tanto que en mollido lecho
Reposaba mi bien, rizo querido,
Tú, de su niveo levantado pecho,
Escuchabas el fervido latido.

¡Oh! cuántas veces en festín brillante,
Al ardiente compás de alegre danza,
Llegara á ti de improvisado amante
Eco de eterno amor y bienandanza!

¡Cuántas de sus mejillas ardorosas
El sudor empaparas, cual la abeja
Roba del cáliz de las lindas rosas
El preciado licor con que se aleja!

¡Cuántos diversos, raudos pensamientos,
A tus pies, rizo hermoso, habrán nacido;
De cuántos y encontrados sentimientos
El poderoso empuje habrás sentido!

De cuántas risas vagas, engañosas,
Leves suspiros, mudas alegrías,

De cuántas tiernas lágrimas hermosas
El venturoso intérprete serías!

¡Cuántas veces en tanto que en su seno
Siglos gozaba de eternal delirio,
Tú en mi frente posástele sereno,
Cual mariposa errante en blanco lirio!

¡Cuántos abrazos, lánguidas caricias,
Pudieras recordar, cuánta ventura,
Cuántas horas de célicas delicias,
De gozo y de placer y de locura!

Dulces horas de amor, triunfos amados,
Corred, corred, y en lo pasado hundidos,
Como de oculto vértigo impulsados
A sepultarse al mar vuelan los rios.

Volad, volad: ¡á vuestra eterna gloria
Qué vale el hierro de la muerte impla,
Si escrita queda vuestra amante historia
En el cielo inmortal del alma mia?

Y... adios; nuestro fatal destino
Por siempre nos separa, y nuestra dura
Suerte es seguir al mundanal camino,
Tú muriendo de amor, yo de amargura.

De amargura y dolor, que nuestra historia
Siempre leyendo estoy, que en rizo amado,
Cada esbelto tuyo, una memoria
Cada grata memoria un bien pasado.

FRANCISCO VILA

(1) Complete el lector este verso con un nombre castizo de tres sílabas, como Estrella, Mariola ó Vendanga.



(La pérdida de la libertad.)